EL PELIGRO DE LAS ANALOGÍAS Y LAS METÁFORAS.

ADRIÁN ARBOLEDA ARENAS

Cuando Zenón de Elea planteó la paradoja más famosa de la antigüedad, según la cual el veloz Aquiles era incapaz de alcanzar a la lenta tortuga, surgieron durante veinte siglos todo tipo de intentos por darle solución o, al menos, una explicación a la esencia y al por qué de la prevalencia de la paradoja misma. Explicaciones desde la filosofía, la psicología, la filosofía natural y hasta desde la antropología arrojaron explicaciones parciales que condujeron casi todas a dar por sentado un abismo insondable entre la realidad y el problema de la medición. La solución sólo se vino a dar en el momento en que las Matemáticas hicieron su aparición en el horizonte con el uso de las series convergentes infinitas, de una manera tan absurdamente sencilla, que en el día de hoy nadie recuerda ni pretende recordar las soluciones que se dieron de otro tipo.

El uso indiscriminado de toda clase de explicaciones a aquello que llamamos realidad ha permeado lo social, lo antropológico y, en gran medida, lo educativo. Las Matemáticas, ese universo desconocido e incomprensible ha aportado significativamente a la interpretación de la realidad desde un punto en el que por lo general sólo los matemáticos se atreven a indagar. El uso indiscriminado de analogías y metáforas para explicar el universo buscando la integralidad y la transversalidad de las distintas disciplinas en la búsqueda misma de las interpretaciones forzadas y la utilización a fuerza de conceptos como el de linealidad o el de dimensión por fuera del universo matemático ha conducido a erróneas interpretaciones en el llamado holismo del universo y la integralidad del ser humano, cuando su concepción matemática está más que alejada de las interpretaciones por fuera de ella, las cuales se ven inmersas en distintas connotaciones para ajustar de alguna manera elementos propios de teorías científicas, especialmente desde las Ciencias Naturales hacia las Ciencias Sociales y, en general, a la Ciencias Humanísticas.

La aparición en el horizonte científico de la Teoría Cuántica como solución a las anomalías presentes en la física clásica, tales como la radiación del cuerpo negro, la catástrofe del ultravioleta, el efecto fotoeléctrico, etc., condujo a un cambio en la percepción del universo desde conceptos tan difíciles de aceptar como la “discretización” de la energía y del espacio-tiempo, la no localidad cuántica, el salto cuántico o la dualidad onda-materia. La aceptación o no de esta teoría y, principalmente, su adaptabilidad a los entornos no propios de las Ciencias Naturales o de las Matemáticas depende en gran medida del conocimiento básico y fundamental que se tenga de ella y del acercamiento real y consciente de quienes no tienen formación matemática, evitando ante todo confusiones en el uso indiscriminado de metáforas y analogías, confusiones frecuentes y demasiado comunes cuando el objetivo es encontrar a toda costa la reciprocidad entre lo social, lo natural y lo enteramente humano. Dentro de la que es indiscutiblemente la más elegante y elaborada idea de la Teoría Cuántica, *el Principio de Incertidumbre*, se presentan en general las mayores confusiones cuando se trata de ajustar los postulados cuánticos a la explicación de la integralidad del ser humano con un entramado único y universal. El conocimiento básico de los conceptos de probabilidad, de medición y de observación

no es suficiente para comprender a grandes rasgos los fenómenos oscilatorios cuando lo que vibra u oscila no es materia ni energía, sino un elemento puramente matemático como la probabilidad, asociada ésta al desarrollo de ecuaciones diferenciales estocásticas no lineales, esto junto a la tan común confusión de la medición como una propiedad exclusivamente matemática o, peor aún, como la más grande de las propiedades matemáticas. El hecho derivado inmediato del principio de incertidumbre, *la observación como afectante directo en la medición*, también permite las más profundas y alocadas confusiones en el momento de establecer analogías forzosas para relacionarlas con el concepto del ser humano como ente limitado en la interpretación del universo. Otro caso se da con un concepto propio de algunos sistemas dinámicos, como es el fenómeno del caos y, en general, la Teoría del Caos, en donde sus más básicas definiciones se asocian al desorden, cuando en realidad está asociada a la no previsibilidad de los comportamientos de los sistemas que evolucionan con el tiempo. En general, más que buscar por necesidad imperante relacionar una teoría científica con las dimensiones humanas y sociales, el objeto de este tipo de investigación debe estar dirigido a encontrar aquello en lo que ya la misma teoría ha empezado a realizar su impacto.

Desde Zenón de Elea negando la realidad del movimiento, hasta Heisenberg enunciando la imposibilidad de la pluralidad simultánea de la medición, pasando por las teorías atómicas que incluyen a la probabilidad como elemento determinante e irrenunciable, el conocimiento básico y pleno de las teorías científicas involucradas es indiscutiblemente necesario como primer paso antes de arriesgarnos a forzar una interpretación del universo holístico del hombre y de sus entornos a partir de una integración con una teoría nueva de la que poco conocemos.